



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13184

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 12 DE AGOSTO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Gaumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Tarde y con daño

Por fin llueve; la bienhechora lluvia (frase hecha) favorece hoy á una provincia, mañana á otra; mas donde se nubla el horizonte y comienza á caer agua, comienza al par una serie de destrozos complementarios de los que hizo en la primavera la sequía.

Donde quiera que se forma una nube se hace tempestuosa; y entre el viento y el agua torrencial no dejan nada en pie.

Llueve, pero tarde y con daño. Tarde porque viene á deshora, cuando no queda nada en los bancales que puede beneficiar el agua. Con daño porque sobre haberse perdido la cosecha de grano se pierde ahora con el viento y la lluvia torrencial la escasez que prometían los frutales.

En lugares de desolación se han convertido las campiñas españolas, antes rientes pero no felices. De todas surgen gritos de angustia, gemidos de dolor, voces siniestras que piden pan.

El cuello que presentan todas y cada una es de una realidad abrumadora. Contrasta y apena, deprime y hace pensar con rabia en lo que se ha podido hacer y no se ha hecho para evitar desventuras tan grandes como la presente.

Llueve; pero ¿qué importa si la lluvia no remedia nada? ¡Si antes que ser elemento de vida se presenta como nuncio de muerte!

Llueve, sí; cae á chorros el agua de las nubes con fuerza extraordinaria, para acabar con lo que queda, hasta con la casa del pobre labriego. Cuando precisaba no cayó una gota. Ahora no precisa y cae á torrentes. Tarde y con daño.

ÍNTIMA

Yo vi á la pálida niña

con velo de desposada, y anunciando su ventura repicaron las campanas.

Hoy, ante la misma iglesia silenciosa entierro pasa y las campanas en tanto doblan por la niña pálida.

¡Campanas, que sois reflejos de las miserias humanas, las dichas que hoy anunciais tenéis que llorar mañana!

Narciso Díaz de Escovar.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Cansados los liberales de Illescas (Toledo) de ser tiranizados por el inabarcable cacicato del maurista señor Roco de Ipoia, acudieron ayer, acompañados por el señor Benayza, al ministerio de la Gobernación, pidiendo un candidato liberal á quien elegir frente al conservador, duque de la Victoria.»

El señor García Prieto les ofreció estudiar la cuestión.»

Mejor sería que les ofreciera un candidato ya que le sobran tantos al ministro. Y sería muchísimo mejor, que esos liberales de Illescas anduvieran solos sin necesidad de andadores.

Pero es lo que pasa; se teña contra los caelques y se les pone en culpa y en berlina; mas si faltan, nadie da pie con bota. Nada, nada: no podemos vivir sin tutores.

¿Qué sería de España si no los tuviera? Algo así como el caos.

Dicen de Madrid:

«El gobernador de Sevilla manda una lista interminable de pueblos que piden parte en el reparto de los créditos de los doce millones.»

Está claro; hay que repartir y todo el mundo se llama á la parte.

Y á propósito de esas pesetejas:

«No han notado nada que desde que están disponibles esos milloneros hay pueblos en que se ha vuelto á perder la cosecha?»

Leemos:

«El contratista de las obras del tercer Depósito pide 400.000 pesetas de indemnización por el hundimiento.

«Cuánto piden las familias de los muertos en la catástrofe?

Porque si vamos á indemnizar, ha de comenzarse por los que más perdieron.»

Pero es lo que dirá el contratista: «Eso ya liquidaron.»

Sin pensar que todos tienen herederos con derecho legítimo á la herencia.

¿Y saben los lectores en qué funda el derecho á la indemnización el contratista? En que el hundimiento se produjo por fuerza mayor.

Y es verdad, porque la presión del techo y los pilares superó á la resistencia del terreno.

Sino ¿se hubiese hundido?

GRANDIOSO ESPECTÁCULO

DE LA

Naturaleza durante la totalidad en eclipses solares

Ya sabemos lo que es reducirse el disco reluciente del Sol, mordido, or el invisible de la luna, hasta un filete semicircular más ó menos delgado: la hemos visto venir á menos de la décima y aun de la centésima parte de su anchura total ordinaria; en el autroclipsó, y en verdad que las variaciones así de calor como de luz, que entretanto fuimos notando nos sobrecogieron bastante: aquello de bajar la temperatura 9 ó 10 grados centígrados en menos de una hora no dejaba de impresionar á cualquiera; aquel irse nublando la claridad del día, y día tan sereno, mientras el Sol derramaba sobre nosotros su luz deslumbradora en medio de un cielo nada empañado por la más ligera neblina; aquel degradarse á ojos vistas el azul azules purísimo del firmamento, desde no sé qué gris cárdeno y plomizo en las inmediaciones del refulgente disco, ya medio descantillado, hasta una amarillez verdosa, que en los del horizonte contrastaba sobremanera con la orla violado-oscuro de las bien perfiladas montañas; aquel fondo vago de indefinible matiz en que aparecía sumido y como empapado el paisaje, mientras una lividez cadavérica desfiguraba en derredor nuestro los vecinos semblantes, aquella extraña penumbra y vaporoso destello por doquiera cernido en el espacio, que no era alba naciente, ni tarde moribunda, ni luna soñolienta, ni cerrazón amenazadora, pero que en un solo viso llevaba envuelto de todo esto lo indecible, lo

lúgubre, lo melancólico y lo siniestro, sin nada de lo sano, lo arrebolado, en lo folgurante; y en medio de todo, sobre montes y valles, campiñas y florestas, un como visible encogimiento y escalofrío general de la naturaleza adormecida: semejante espectáculo, no habla de abatir el alma y absorber misteriosamente sus facultades, cuando poco á poco iba suspendiendo hasta el murmullo de las selvas, los gritos de los animales, el canto de las aves y el chirrido de los insectos? Pero ¿qué de nuevo puede ya añadir á su grandiosidad el que aquella falce sutil, todavía resplandeciente, acaba por encenderse del todo? ¿Hará más que deslucir el raro y fascinador encanto de eso, que aun queda vagamente visible, con el más ó menos estrellado pero demasiado obscuro capuz de una noche sin luna, que todos estamos hartos de ver cuando queremos.

He aquí los términos en que muchas veces y algunas de ellas bien recientemente hemos oído expresarse con la más natural ingenuidad á personas cuyo nivel intelectual está muy por encima del ordinario del vulgo; pero que indudablemente viven del todo ajenas, no ya al espectáculo en cuestión, sino aun á lo que dicen de él tantos testigos presenciales como desde hace siglos nos vienen comunicando sus impresiones de palabra ó por escrito. ¿Conque un poco más de obscuridad aselamente? Las demostraciones que de los mismos seres irracionales hemos oído todos referir, recordando sucesos pasados, bastan para ahuyentar de nosotros ideas tan inexactas y mezquinas. Bueno que las plantas, como suelen al cerrar la noche, unas desplieguen sus capullos y otras encojan los pétalos de sus bellas flores ó inclinen al suelo sus hojas matutinas; que las abejas y las aves domésticas y los ganados del campo acaben de irse recogiendo en sus cercanías y bien conocidas morada; que sustituya en los aires al clamoroso revuelo de vencejos y golondrinas el callado aleteo del murciélago solitario, y en las calles ó alrededores de los pueblos al continuo traqueteo de voces y aturullidos el aislado canto de los gallos ó el intercadente quejido del asno. Pero que las gallinas, mientras se van paso á paso hacia el gallinero, se azoren de pronto, y unas llamen alarmadas á sus polluelos para esconderlos aprisa debajo de las alas, y otras se desparramen sin tino, arrojándose hasta á los arroyos ó estanques, ó se queden inmóviles y como suspensas é hipnotizadas todo el tiempo que dura la totalidad del

eclipse; que los perros corran á agazaparse entre las piernas del amo ó en el primer escondrijo que encuentren, y hambrientos se uieguen á comer lo que se les echa ó abandonen lo que ya tenían entre los dientes; que los asnos y caballos se tumben, ó yendo de camino cargados, ó trillando en las eras, sin que la espuela ni el látigo sean para moverlos del sitio; que los rebatores y vacadas se arremolin y aprietan en manifiesta actitud de peligro y defensa, ó huyan desparvidos á guarecerse; que el pajarillo enjaulado, no sólo interrumpa su trinar melodioso, sino erice sus plumas y seconda entre las alas la cabeza; que los que cruzan libres el aire, y alguna vez hasta la misma reina del viento, se estrelen atolondrados contra las paredes de elevados edificios ó den consigo devaneados en los tejados y en las calles: todo esto y mucho más, que hallamos relatado en fidedignas historias, no es indicio bien claro de que el paso á la totalidad trae á los ojos alguna imprevista, completa y repentina mudanza?

Más aún lo pone de manifiesto la ordinaria actitud del vulgo que le contempla; pues si en los más de los espectadores la novedad imponente de las primeras escenas no logra sino avivar la locuacidad con hacerles irresistible el instintivo deseo de transmitir y acreiguar impresiones, lo que sigue al desaparecer el último rayo de sol acaba por arrancar á todos un grito de indefinible emoción ahogado instantáneamente en absoluto y prolongado silencio.

No hay para qué entretenernos aquí, con otros, en retratar fisonomías, sorprender actitudes y extereotipar exclamaciones; tanto más gráficamente significativas cuanto más súbitas, indeliberadas y espontáneas: abundan menudos rasgos divergentes, hijos de la predisposición individual de cada uno, pero entre todos reverbera siempre y en todas partes la común nota de intensa y abrumadora fecundación del ánimo, á ninguna otra comparable, donde, sin desvirtuarse lo más mínimo, se funden simultáneamente la sorpresa de lo inesperado, el sobresalto de lo repentino, el placer de lo bello, la opresión de lo sublime, el acobro de lo sobrehumano, el terror de lo obscuro y el recogimiento de lo religioso.

Hecho es este constante y universal, propio de todos los climas, nacionalidades y caracteres, atestiguado y profusamente descrito por cuantos sabios han asistido á fenómeno de que tratamos entre el concurso de abigarradas muchedumbres. Para no hablar aquí sino del pueblo español y d'



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1213

LOS BANDIDOS DE ORGEBES 1212

Jony custodiado por los gendarmes en la plaza de la aldea.

Habíase informado de los sucesos ocurridos y de los que se preparaban, y enseguida echó á andar hacia la Murette para advertir á los bandidos.

El chicleto la Marmotte, que está de centinela delante de la casa y te ha dejado entrar sin permiso, recibirá veinte palos.

A aquella sentencia no fué oída, en medio del ruido que se produjo de repente, más que por el muchacho parte interesada, que echó á correr dando gritos.

Una agitación extraordinaria sucedió al primer movimiento de estupor.

Todo el mundo se había levantado, todo el mundo gritaba; se proponían medidas inasequibles y la mayoría de los bandidos opinaba por emprender la fuga inmediatamente.

—¡Un momento! ¡un momento!—exclamó el Guapo Francisco con voz fuerte.—Sepamos ante todo, con exactitud, lo que ha pasado.

Hicose entrar al franco de Merville y con él penetraron en la sala todos los hombres de la banda que podía contener el local.

La gravedad del caso anulaba toda jerarquía y equiparaba todos los rangos.

El franco, antiguo guarda bosque del señorío de Merville, era el individuo que había dejado escapar aquella exclamación peligrosa al ver al Tuerto de

Después de un momento de pausa continuó la discusión del plan contra el castillo de Merville, guardando todos los reunidos el mayor silencio durante el Guapo Francisco explicaba el plan, con el fin de poder siquiera un detalle del mismo.